

La Batalla de Noldilla

*G*loril se despertó con los primeros rayos de un sol mortecino y rojizo...malos presagios, habría un gran derramamiento de sangre. Se alzó presuroso y se dispuso a prepararse para la batalla, llamó a uno de sus ayudantes de campo, un joven sílfo de nombre Treid.

- Treid, prepara mi armadura y mis espadas gemelas. Ordena también a todos que se dispongan para la batalla.

El joven sílfo salió disparado en dirección a la tienda con la armería y a dar la orden para que todos se prepararan. Sin embargo no hizo falta dar la orden, la gran mayoría de las tropas estaban ya dispuestas, varios grupos de sílfos acababan de ajustarse sus armaduras mientras sus compañeros preparaban a sus veloces monturas, a Treid siempre le habían fascinado los murciélagos gigantes, eran unos seres extraordinarios, fuertes, ágiles y valientes, los sílfos los montaban cuando acudían a la guerra...el ansia guerrera comenzó a apoderarse de Treid, pronto se uniría a las filas de los jabalíneros sílfos para dirigirlos en la batalla. Al fin alcanzó la armería y ordenó llevar a la tienda de Gloril sus espadas y su armadura.

Gloril comenzaba a impacientarse...odiaba tener que esperar, mientras comenzaba a dar vueltas malhumorado por su tienda entró una figura alta y larguirucha ataviada con una larga túnica azulada con los ribetes dorados que le cubría hasta las tobillos y cuya capucha sólo dejaba entrever unos pequeños pero astutos ojos.

- Buenos días Gloril, ¿dispuesto para la batalla?
- Ah...Alfred, buenos días...No, maldita sea, aún no. Estoy esperando a que Treid traiga mi equipo, maldito muchacho seguro que se ha entretenido con cualquier cosa...- Apenas acabó de decir aquello un par de gnomos entraron portando la armadura y las espadas de Gloril. - Vaya, ya era hora, ¿no?

Gloril despidió a los gnomos mientras Alfred le ayudaba a ponerse la pesada armadura y se ceñía las dos espadas gemelas a la espalda, finalmente cogió su yelmo (herencia de sus ancestros) y salió de la tienda acompañado por Alfred. Fuera le esperaba el ejército al completo, formado, equipado y listo para la batalla, Gloril no pudo evitar sentirse satisfecho por la presteza y profesionalidad de sus hermanos de armas. El gnomo se dirigió hacia su pegaso blanco, montó y se ciñó el yelmo. Alfred había montado ya en su murciélago gigante, era hora de partir.

- Camaradas, hermanos de armas todos, nuestros aliados los humanos nos esperan. - Alzó el vuelo con su pegaso y se dirigió hacia la línea de batalla, donde los humanos ya comenzaban a tomar posiciones.

Gloril desmontó y se apresuró a dirigirse junto a Almanzor y el resto de héroes humanos. Tras unos instantes de charla y últimos retoques a la estrategia acudió de nuevo junto a sus tropas. Al ocupar su posición observó como el héroe humano Arnold y tres unidades de sílfos tomaban posiciones en el ala derecha del ejército, formaban el grupo Rayo y su cometido era tratar de llegar a la ciudad tan pronto pudieran, uno de los sílfos lo saludó desde la lejanía era Treid montado sobre un gran murciélago y liderando la unidad de jabalíneros; un nudo ascendió desde su estómago hacia la garganta...tenía un mal presentimiento.

La batalla comenzó con una tranquilidad insólita en el sur del campo de batalla, el bosque impedía ver con claridad lo que tramaban los orcos, pero al parecer no pensaban atacarles a ellos, tomarían primero la ciudad. Gloril pudo observar como varias balistas humanas de Noldilla caían bajo el ataque de las homónimas orcas. Tras la principal línea del ejército humano, ahora en avance hacia la ciudad Gloril atisbó la figura de Alfred gesticulando con sus manos y hablando en un extraño lenguaje, no le cupo la menor duda de que estaba lanzando un hechizo.

Los humanos comienzan a contestar con sus balistas al ataque orco, pero algo extraño sucede, en uno de los extremos de la muralla comienza a arder un espantoso fuego que se propaga con rapidez y acaba con varias balistas humanas, los dioses parecen enfadados con los humanos pues otro grupo de balistas estalla en llamas entre alaridos y gritos de horror. Por fortuna algunas balistas consiguen hacer blanco con la munición incendiaria sobre un grupo de cabalgabobos orcos que poco puede hacer para librarse de las llamas y mueren calcinados.

Elevándose con su pegaso sobre el bosque Gloril pudo observar como las últimas dotaciones humanas de las balistas caían atravesadas por virotes o flechas orcas. La ciudad parecía perdida, no quedaban defensores sobre sus murallas y el grueso del ejército estaba demasiado alejado para representar una amenaza inmediata, pero por fortuna el grupo Rayo había alcanzado las posiciones más cercanas a la ciudad y se disponían a defenderla. Sin embargo lo que más sorprendió a Gloril fue ver como cientos de humanos salían de sus casas y se disponían a lanzar piedras y aceite hirviendo sobre los asaltantes orcos que se acercaban como una marea verde hacia la Joya de Adkyndia. Cuando los primeros grupos de orcos llegaron a las murallas fueron recibidos con una



lluvia de piedras y rociados con aceite hirviendo, cientos de ellos murieron entre interminables lamentos de agonía. A pesar de todo los orcos estaban decididos a asaltar Noldilla y las primera escalas tocaron las murallas, los sílfos alarmados por la ingente cantidad de orcos que podría tomar la ciudad en pocos instantes se lanzaron contra las escalas y las arrojaron sobre los sorprendidos orcos que cayeron desde gran altura provocando casi una centena de bajas más.

Gloril comenzaba a creer que quizás los orcos no fueran capaces de tomar Noldilla después de todo, pero era un general veterano y no quería hacerse ilusiones al respecto. Observó como de nuevo Alfred se concentraba para lanzar un nuevo hechizo, sin embargo, en esta ocasión al gnomo no le cupo la menor duda de que su amigo no había sido capaz de lanzarlo con éxito, con toda probabilidad el mago orco lo habría dispersado.

El destino no tardó en hacer que las pocas esperanzas de Gloril se tornaran vacías. Los orcos habían logrado alcanzar finalmente la muralla y habían abierto las puertas para que sus sangrientos congéneres entraran a Noldilla. Pudo ver como dos unidades de lanceros sílfos caían desde lo alto después de recibir una intensa lluvia de virotes y flechas, sin embargo los jabalíneros parecían mantener el tipo y esquivaban las andanas orcas con un magistral ejemplo de vuelo mientras descargaban sus jabalinas sobre varios

grupos de orcos que acabaron desangrados sobre la muralla; a pesar del veloz vuelo de los murciélagos un andanada de virotes acabó por alcanzar de pleno a los jabalíneros y la casi totalidad de ellos cayeron sobre los tejados de Noldilla, el resto, a penas un puñado de valientes malheridos, no pudieron hacer más que escapar como mejor pudieron de Noldilla.

El gnomo descendió hasta acercarse a los héroes humanos que observaban con gesto incrédulo como un estandarte macabro y decorado con las cabezas de humanos ondeaba sobre las murallas de Noldilla. Gloril intercambió algunas palabras con los héroes y decidieron proseguir el ataque, los orcos habían tenido un gran número de bajas y había que recuperar la ciudad antes de que el enemigo lograra hacerse fuerte en ella, además la batalla no estaba en absoluto decidida.

Los dioses habían decidido otorgarle a aquella batalla un sentido especial...de eso no le cabía duda a Gloril...como si quisieran convertir la escena en algo aún más dramático las nubes se cerraron sobre los ejércitos y una fina lluvia comenzó a caer sobre el campo de batalla, el golpeteo de las gotas de agua acompañaba el incesante sonido de los tambores y las trompas. Un tronar diferente irrumpió de pronto en la intranquila quietud del campo de batalla, una nota aguda y alta suena desde la retaguardia del ejército humano y gnomos; todos se mantienen en tensión, ¿más orcos? Por fortuna un veloz jinete humano vestido con ropas ligeras y agotado aparece cabalgando desde la retaguardia para informar, las tropas de la Horda de Liksau están llegando al campo de batalla. Todos los componentes del ejército se permiten un instante de júbilo tras la buena nueva, pero vuelven de nuevo su atención al frente donde la marea verde comienza a lanzarse contra ellos con furia.

El héroe humano Arnold, montado sobre un colosal dragón, avanzaba a toda velocidad hacia las líneas de retaguardia orcas mientras Alfred se concentraba de nuevo lanzando otro hechizo, la frente del mago silfo estaba perlada de gotas de sudor debido al ingente esfuerzo que había realizado durante la batalla, con toda seguridad había sobrepasado su límite de energías y ahora recurría a cristales de maná para lanzar sus hechizos. Los orcos preocupados por la presencia del humano en su retaguardia dispararon contra él con cuanto tenían, por fortuna la armadura de Arnold y la dura piel de su montura lograron que el humano saliera de aquella andanada con tan sólo algunas abolladuras y cortes poco graves. Gloril se giró en ese momento hacia la retaguardia del ejército donde al fin habían llegado los lanzadores gnomos y las balistas humanas, el gnomo evaluó con ojo experto la distancia que había entre los orcos y las armas gnomas y ordenó disparar contra los cabalgalobos. Cada uno de los encargados de los lanzadores hizo los rápidos cálculos necesarios y calibró la máquina adecuadamente, al cabo de unos instantes, una andanada letal atravesaba el campo de batalla en dirección a los orcos, medio centenar de jinetes de lobos orcos murieron atrozmente atravesados por los virotes. El gnomo se permitió un leve gesto de asentimiento mientras oía como las dotaciones de los lanzadores celebraban el éxito del disparo y la venganza por la muerte de sus camaradas.

Los humanos observaban como la horda verde se abalanzaba sobre ellos con los cabalgalobos al frente, con una orden del Emperador cierran filas y se disponen a soportar el peso de la carga. Por fortuna los liksaurianos se acercaban cada vez más a la zona del combate. Cuando las primeros orcos alcanzaron la línea de batalla un clamor surge de entre las filas del ejército humano: "Por Adkyndia!!" mientras las saetas orcas comenzaban a llover sobre los arqueros humanos que cayeron en su mayor parte

atravesados por ellas. Gnomos y humanos recargaron sus armas y dispararon contra los orcos, pero la lluvia y la confusión salvaron a la mayoría de los orcos de una muerte segura.

La línea de batalla se convirtió en un frente caótico y embarrado en el que humanos y orcos luchaban hasta la muerte, el combate se cobró sus primeras bajas rápidamente cuando dos unidades de la caballería de élite de Adkyndia cayeron bajo las hojas orcas, el Emperador no pudo evitar que los inmundos pieles verdes atravesaran por dos ocasiones su coraza y lanzó un grito de dolor y rabia. Gloril pudo ver como a su flanco dos unidades de infantería humana aguantaban la carga de los cabalgalobos y devolvían el golpe, sin embargo, el centro corría un gran peligro, los orcos habían logrado romper la línea y podían atacar impunemente a los arqueros humanos. Aquella batalla se estaba convirtiendo en un caos, el gnomo pudo observar mientras repelía a una unidad orca como Arnold, el héroe humano montado en dragón, daba buena cuenta de varios grupos de balistas orcas hasta que finalmente un nutrido grupo de pieles verdes encabezado por sus dos héroes se lanzaron sobre él. Con unos cuantos movimientos certeros y hábiles Gloril despachó a unos cuantos orcos, en uno de los escasos momentos de descanso que pudo permitirse vio como los proyectiles del ejército humano y gnomo acaban con la miserable existencia de más orcos...quizás éstos decidieran que era el momento de dejar la batalla, animado por estos pensamientos Gloril se lanzó de nuevo al combate en busca de más enemigos con los que acabar.

Alfred agotado por el esfuerzo y tras retirarse de la línea de combate fue incapaz de concentrarse y no logró lanzar uno de sus hechizos con éxito, su respiración se volvió entrecortada y difícil, era una de las primeras lecciones que un mago aprendía, la magia exigía un duro sacrificio en ocasiones...El agotado silfo decidió que era el momento de encargarse del fuego de los lanzadores gnomos, sus reservas de energía estaban totalmente agotadas y no era un guerrero, sería más útil en la retaguardia.

Gloril combatía con obstinación y resignación, las cosas no pintaban bien para sus tropas y para los humanos, el flanco derecho y el centro se habían convertido en un irreconocible combate en el que orcos y humanos combatían por su vida, ya no habían líneas sólidas contra las que chocar ni que mantener, toda táctica había pasado a un segundo plano, lo único importante era la espada propia y la del enemigo, evitar el próximo golpe y devolverlo con más saña y fuerza. El suelo, convertido ya en un lodazal, estaba cubierto por los cuerpos de humanos y orcos muertos o moribundos, todos ellos en un abrazo irreal y macabro. El gnomo se estremeció al ver como tanto el Emperador como Drakor, otro de los héroes humanos, sentían en sus propias carnes la fría caricia de las cimitarras orcas, sin embargo no se dejó amedrentar y lanzando un agudo grito de guerra invocó cuanta ira fluía por sus venas para acabar con otro numeroso grupo de orcos. Por fortuna el flanco izquierdo parecía aguantar mejor la embestida orca, varios grupos de lanceros habían arremetido contra unos osados arqueros orcos que ahora morían atravesados por las lanzas humanas. Los peores temores de Gloril parecieron confirmarse, los rostros de los humanos combatientes a su alrededor mostraban signos de fatiga, dolor y muerte, muchos de ellos estaban a punto de soltar las armas y lanzarse en una precipitada huida que tan sólo acabaría con ellos, afortunadamente el general humano había previsto tal situación y había dado órdenes de llamar a los refuerzos en tal situación, una trompa sonó vibrante y fuerte para llamarlos y como respuesta dos grupos de milicianos entraron en el campo de batalla, sus estandartes ondeando al viento hicieron que muchos guerreros retomaran el valor perdido y combatieran con renovadas energías.

Drakor lanzó un aullido de dolor cuando el metal de uno de sus atacantes se clavó en su costado, había sufrido muchas heridas y el cansancio y la pérdida de sangre le hacían moverse con lentitud. Por un momento su vida pasó ante sus ojos como un relato de taberna, recordó sus días de niñez y días de gloriosas batallas, en ese mismo instante tuvo la absoluta certeza de que no saldría con vida de aquella batalla, era un guerrero, siempre había sabido que moriría en la batalla, de modo que elevó una plegaria a los dioses y empleó su último aliento en acabar con la vida de varios de sus atacantes. Finalmente su cuerpo no pudo más y cerró los ojos para siempre, murió arrastrando consigo al más allá a un orco de aspecto amenazante que había osado atacarle.

Almanzor pudo ver como su leal amigo y compañero caía bajo el envite de los orcos, la ira y el odio crecieron en su interior de un modo que no recordaba, quizás fue aquello lo que le impidió acertar sobre sus enemigos.

Glorif continuaba batiéndose contra innumerables orcos, su rostro era un máscara de absoluto desprecio y tenacidad, su mente estaba totalmente ocupada en combatir, tan sólo veía imágenes fugaces de la batalla, orcos muriendo a su alrededor, humanos elevando plegarias en busca de una salvación para sus almas a dioses demasiado lejanos y ocupados para atenderlos...en una de aquellas escenas pudo ver como Arnorl y su poderoso dragón se batían con suma valentía contra una gran cantidad de orcos, incluso los dos héroes combatían contra él, el gnomo supo que el dragón había sido herido cuando un rugido agudo y siniestro ocupó todo el campo de batalla. En otra fugaz escena decenas de virotes a gran velocidad surcaban el cielo en dirección a los orcos, al cabo de unos instantes un aullido de alegría se alzó a su espalda, los gnomos habían impactado de nuevo contra más orcos. El gnomo pudo oír entre el frenesí del combate como los líderes orcos exhortaban a sus guerreros a continuar la lucha, sin embargo, los pieles verdes habían sufrido demasiadas bajas y cientos de ellos comenzaron a correr alejándose de la carnicería que era el centro del campo de batalla, por desgracia algunos cientos de ellos aún continuaban el combate. Ansioso por demostrar a aquellos infelices cual sería su destino Glorif reanudó su ataque y acabó con la mayoría de orcos que quedaban en sus

inmediaciones, más orcos emprenden la retirada ante el acoso de los humanos y los cada vez más cercanos liksaurianos.



Sin embargo, los dioses habían decidido desde tiempo atrás que aquel día muchos habrían de morir para salvar Noldilla y en uno de sus, en ocasiones, inexplicables caprichos otorgaron el descanso eterno al Emperador Almanzor de Adkyndia. Su muerte fue algo ciertamente digno de cantares y relatos, rodeado por todas partes de orcos y lobos Almanzor continuaba el combate con la resignación propia de lo más grandes héroes, Glorif lo vio luchar con una determinación tan férrea que no pudo evitar sentir miedo al ver como aquel gran guerrero y dirigente era superado

por los orcos, cientos de humanos corrían ahora a ayudar a su Emperador y el propio Gloril estaba ya cerca de él, tan sólo un grupo de hediondos lobos montados por orcos los separaban. El gnomo pudo ver como un par de orcos se escabullían en el combate para dirigirse hacia la retaguardia del valiente Emperador, lanzó un grito de alerta que, por desgracia, se vio amortiguado por los sonidos de la batalla, Gloril permaneció con la boca abierta en el interminable momento en el que una daga orca atravesaba la espalda de Almanzor, sus piernas se doblaron en un acto reflejo de dolor y abatimiento, sus ojos miraban incrédulos a los orcos que lo acosaban en un gesto de desprecio por haberle atacado por la espalda, en su mirada tan sólo podía leerse un odio ciego y una resolución aún inquebrantable; decenas de lobos sedientos de sangre se abalanzaron sobre el moribundo Emperador, quien con un último gesto de desafío despachó al primero de ellos con un revés de su espada. Sin embargo los dioses habían reclamado ya su alma y tan sólo su férrea voluntad lo mantuvo en pie; lo último que pudieron ver sus cansados ojos fueron los estandartes de Liksau y de Adkyndia ondeando al viento, manchados de sangre y sesgados por las armas, pero aún firmes al fin y al cabo. El gnomo, después de ver como tan digno dirigente caía ante la injusticia de la cobardía, lanzó decenas de golpes cegado por la ira, no pocos fueron los orcos que murieron bajo sus letales estocadas, cuando recobró la calma a su alrededor tan sólo habían cadáveres de orcos mutilados, muchos de los pieles verdes huían ahora acosados por el ataque de Liksau y sus tropas.

La mayor parte del ejército humano pudo observar de cerca como su líder caía en un memorable combate, muchos de ellos agotados ya por tanto esfuerzo y heridos emprendieron la retirada hacia un lugar menos cargado de muerte y dolor. Gloril intentó en los primeros momentos de reagruparlos e infundirles nuevos ánimos, pero al cabo de un instante, se dio cuenta de lo inútil de su acto, aquellos hombre estaban agotados, habían combatido durante horas, habían visto como caían cientos de sus camaradas y como colofón habían visto morir a su líder, ciertamente no se les podía pedir más.

La lluvia cesó cuando la matanza finalizó, como si su único propósito hubiera sido otorgarle al paisaje de la batalla un añadido más de drama. Los últimos rayos de sol se marchaban del aún nublado cielo cuando Gloril regresó al campo de batalla junto a un puñado de gnomos y sílfos, de estos últimos tan sólo habían sobrevivido unos pocos, una decena a lo sumo, el resto habían dado sus vidas en un acto de honor y sacrificio propio de héroes. El bosque que había servido de escenario para la macabra representación de aquel día había quedado teñido de sangre y muertos, las tropas de Liksau y los habitantes de Noldilla habían comenzado a apilar los cadáveres en piras para prenderles fuego al anochecer y cumplir así sus ritos. Sin embargo, habían dos grupos de cadáveres que no habían osado tocar aún, en uno de ellos podía verse la figura de un poderoso guerrero rodeado de orcos muertos, sobre él descansaba el cuerpo de un orco inmenso que había caído atravesado por la espada de humano en un último acto de honor, la espada la empuñaba Drakor, había muerto en combate, con dignidad y honor.

El otro de los grupos de cadáveres era el de Almanzor, varias decenas de lobos y orcos se apilaban entorno al cadáver de un hombre de complexión poderosa que ceñía aún su espada, su rostro era la viva imagen de la paz y el descanso, de no haber estado en tan macabro escenario cualquiera podría haber dicho que el Emperador estaba durmiendo plácidamente. A su alrededor los guerreros supervivientes elevaban plegarias a los dioses para que acogieran en su seno al valiente Almanzor, Gloril, los gnomos y los sílfos se unieron a aquella plegarias durante unos instantes, después se marcharon dejando a sus aliados en la intimidad de su dolor.

Al llegar al campamento un emisario acudió al encuentro de Gloril, era un miembro de una de las dotaciones de lanzadores gnomos, le indicó que en su tienda le esperaba Alfred urgentemente. El gnomo temió lo peor, que él supiera Alfred no había sufrido percance alguno, pero quizás en el caos del combate hubiera sido alcanzado...Se apresuró a su tienda y al entrar una oleada de alegría le recorrió todo su ser, su compañero y amigo estaba sano y salvo. Pero de nuevo el destino le deparaba una ingrata sorpresa, sobre su lecho estaba recostado el cuerpo de un silfo delgado, herido en infinitud de lugares y a punto de morir, el barro y la sangre hicieron que a Gloril le costara reconocer a su fiel ayudante Treid.

- *Dioses...¿Qué le ha sucedido? Ayudadle, maldita sea!! - Alfred y algunos gnomos sujetaron a Gloril que ahora lloraba desconsoladamente.*
- *Gloril...Treid está muy grave, no pasará de esta noche, ha sido herido de gravedad decenas de veces y tan sólo su sentido del honor y perseverancia le han mantenido con vida... - Alfred trataba de explicarle a Gloril la situación mientras éste recuperaba poco a poco la compostura...al cabo de un rato les hizo salir a todos y dejarlos a solas.*

Gloril veló a su ayudante durante toda la noche, a penas antes de amanecer Treid recuperó el sentido y con una voz temblorosa y débil le dijo al gnomo:

- *Lo...siento...le...le...he.....fallado.*
- *Has luchado como un valiente Treid, te vi desde mi posición, de no ser por ti y por tus valientes a estas horas estaríamos todos muertos con casi total seguridad. Duerme ahora...el sueño de los valientes, los dioses te esperan en sus bellas moradas.*

El rostro de Treid, marcado por el dolor, hizo un gesto de asentimiento y agradecimiento antes de cerrar los ojos para no volver a abrirlos jamás. Gloril lloró amargamente aquel día la pérdida de su camarada, juró por su propio honor que los orcos responsables de su muerte lo pagarían con su vida.